

CARMEN KORN

LAS CUATRO AMIGAS

HIJAS DE UNA NUEVA ERA III

Una emocionante saga sobre cuatro mujeres que se enfrentaron a los momentos cruciales del siglo XX con la fuerza de su amistad



CARMEN KORN

LAS CUATRO AMIGAS

Hijas de una nueva era III

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

Título original: *Zeitenwende*

© Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg, 2018

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Las páginas 525-526 son una extensión de esta página de créditos.

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-08-24010-5

Depósito legal: B. 2.477-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

MARZO, 1970

Käthe tomó un poco de carrerilla y saltó. Ya en la otra acera, pareció quedarse sin aliento un instante, pero acto seguido saludó con la mano a Henny y volvió a saltar. Fue a parar a los brazos de su amiga, que la abrazó con alivio. Ocho saltos desde casa de una hasta casa de la otra. Un juego al que jugaban cuando eran pequeñas, antes, cuando podían verse desde la ventana de sus respectivas cocinas.

—Todavía soy capaz —afirmó Käthe con voz de júbilo.

Los coches redujeron la velocidad, no fuera a ser que la chiflada esa no dejara de saltar como un canguro. Los transeúntes volvían la cabeza para mirar a las dos mujeres y se reían, se quedaban asombrados. A la vejez, viruelas.

Era el primer domingo de un marzo cuyo cielo había estado encapotado hasta ese momento. ¿Por eso estaban de tan buen humor Henny y Käthe?

—Salta tú —propuso Käthe.

Henny negó con la cabeza, las suaves ondas rubias le caían por el rostro; Käthe, en cambio, tenía el cabello negro y vigoroso. Las dos contaban con ayuda, se teñían con el tinte de Wella. Las canas se las dejaban a sus respectivos maridos.

—Prefiero ser la que te coge —respondió Henny.

—No me extraña, la verdad es que esa falda que llevas es rígida y muy ceñida. —Käthe se estiró el vestido de punto, que le

asomaba por debajo del chaquetón de tres cuartos—. El mío da de sí. Me niego a dejar que la ropa me estorbe.

Se alegraban de seguir estando delgadas. Henny cumpliría setenta años a finales de ese mes, los mismos que el siglo, y Käthe los tenía ya desde enero, aunque mentalmente se sentían más jóvenes; ¿dónde se había detenido el tiempo?

—¿Vamos por la Finkenau? —sugirió Käthe—. ¿Para honrar nuestro antiguo lugar de trabajo?

—Demasiados recuerdos para mí, con la casa de nuestros padres tengo bastante por hoy —repuso Henny—. Mejor vamos directas a casa de Lina, anda.

Lina, la hermana del primer marido de Henny. Tras la prematura muerte de Lud, su cuñada había seguido siendo amiga suya.

—¿Estará también Ida? Creía que tenía intención de ir a París a ver a su hija, la desaparecida.

—Florentine vendrá a Hamburgo la semana que viene.

Henny se volvió y miró una vez más la casa donde había pasado su infancia y su adolescencia, y en la que había vuelto a vivir cuando las bombas que cayeron en julio de 1943 arrasaron la suya propia. En el segundo piso se movió un visillo en la ventana, como si allí estuviera su madre, que pronto haría cuatro años que había fallecido.

—En mayo inauguran Karstadt —comentó Käthe cuando entraron en la calle Hamburger. Miró los grandes almacenes que se alzaban allí—. Una mole de cemento. Bonito no es, desde luego.

—No empieces con lo de que antes todo era mejor.

—Yo sería la última persona que haría eso, pero no puedo evitar pensar en los viejos almacenes Karstadt. ¿Te acuerdas? ¿La orquesta de baile en la azotea?

Qué grato resultaba ver la casa de dos plantas que se alzaba a

orillas del canal, intacta desde hacía siete décadas en la calle Eilenau, en cuya buhardilla vivían Lina y Louise. Ladrillo rojo, estuco blanco. La ventana de tres hojas estaba abierta de par en par ese día de clima suave. ¿Oirían desde allí arriba a Käthe, que había empezado a cantar una cancioncilla?

*La primavera ha llegado, el gorrión pía,
las campánulas nos regalan su perfume.
Estoy enamorada de un hombre
y no sé de cuál.*

Henny miró a su amiga con una sonrisa. La voz cascada, que Käthe había conservado tras los años de la guerra, le daba un aire sensual.

—¿Has engañado a tu marido alguna vez?

—Ni tan siquiera le he guiñado un ojo a otro. No creo que haya nadie más irresistible que Rudi.

Las risitas seguían cuando llegaron delante de Lina, que les abrió la puerta para que entraran a pasar la tarde.

—*Éclairs*. —Käthe salivaba de puro placer al ver los pastelitos de chocolate en la mesa, que estaba puesta para cinco personas. El mantel de vainica, la porcelana antigua buena de los padres de Louise, las jarritas de cristal con nazarenos azules y margaritas rosa. Una bandeja de varios pisos llena de *éclairs* y otras delicias dulces.

A Käthe le gustaba la pastelería francesa. En sus primeras citas, Rudi la llevaba al hotel Reichshof, le leía poemas y le pedía *petits fours*, poco después de que terminara la Primera Guerra Mundial. El hecho de que consumiera esos pastelitos era, según la madre de Henny, una traición a la patria.

—Lina y yo hemos redescubierto cómo se llamaban antes los *éclairs*: petisús —contó Louise.

—Ya nadie sabe lo que es eso —apuntó Ida.

—Y ese nombre no tiene nada de erótico —añadió Käthe.

—Käthe tiene la primavera metida en la sangre. En la calle se ha puesto a cantar una canción de *El ángel azul*. ¿No la habéis oído?

Ida se sentó junto a Käthe.

—A ver si se me pega algo de tu frivolidad.

—¿Es que te hace falta?

—Necesito algún cambio. Por dentro y por fuera. Tian es terco, no quiere ni oír hablar de cambiar el papel pintado o re-
tapizar las butacas. En el piso de nuestra hija todo es rabiosamente moderno y sexy. ¿Cómo es esa canción de *El ángel azul*?

Käthe sonrió.

—Henny me ha dicho que pronto vendrá Florentine.

—Ya iba siendo hora. No la vemos desde Año Nuevo —repuso Ida.

—¿Sigue con ese novio suyo? —preguntó Lina con interés.

—Sí. Robert tiene mucha paciencia.

—La quiere mucho —dijo Lina.

Ambas cosas eran ciertas en el caso de Robert.

—Florentine cumple treinta años el año que viene. —Ida cogió una tartaleta de fruta de la bandeja. Probablemente tuviera pocas calorías.

—Acaba de cumplir veintinueve —precisó Henny—. ¿Es que la quieres casar? Los tiempos han cambiado.

—Ni en sueños piensa casarse. Y tampoco quiere tener hijos, y eso que a Tian y a mí nos encantaría tener nietos.

Henny profirió un suspiro de dicha: tenía una nieta y un nieto, era la única abuela dentro del círculo de amigas.

Ida la miró.

—Tú no puedes quejarte —comentó.

Henny se encogió de hombros. Casi se sintió culpable.

Era un día de primavera cálido, incluso en París. Florentine se había quitado el largo y holgado abrigo de invierno y se había acomodado en una de las sillas de mimbre del café Les Deux Magots. Jean la miraba, una mirada larga que descansó en su vientre, ligeramente abultado.

—No quería creer los rumores. Y, dime, ¿quién es el afortunado padre?

—Es de Hamburgo y no tiene nada que ver con la moda.

—¿Un secreto?

—Sí. —Florentine sonrió.

Con Jean, el fotógrafo de Luxemburgo, había trabajado por primera vez hacía diez años, cuando empezaba como modelo. ¿Por eso sentía allí, en esa terraza, una familiaridad que hizo que no rechazara su propuesta ante esa mesa en la que, instantes después, el camarero les sirvió dos tazas de café con leche?

—Déjame que te haga unas fotos y se las ofrezca a *Paris Match*. Con algún vestido ceñido supersexy. Al director de arte le entusiasmará ver a Florentine Yan con barriguita. Conozco a alguien que me podría conseguir un estudio para los próximos días en este barrio.

Florentine se tomó su tiempo para desenvolver el azucarillo del papel.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Lo importante es que quieras tú. ¿O crees que a tu hombre misterioso no le gustaría? ¿Pensáis casaros?

—Ni en sueños pienso casarme —aseguró ella, repitiendo en París lo que su madre acababa de decir en Hamburgo—. Me da igual lo que opine él.

—Vaya con las mujeres emancipadas. —Jean se levantó—. Llamaré a la redacción.

La idea de fotografiar a Florentine como futura madre le resultaba electrizante. Se sacó unos francos del bolsillo del pantalón y desapareció en el interior del café para ir a una de las tres cabinas telefónicas que había en la planta de abajo.

Florentine contempló el boulevard Saint-Germain y, durante un instante, la asustó su coraje. No quería que sus padres se enterasen de que iban a ser abuelos por una revista, y tampoco era justo para los dos hombres a los que amaba.

Desmigajó la galletita que le habían servido con el café y se la dio a los gorriones, que daban saltitos alrededor de la mesa. ¿Publicaría *Paris Match* las fotos deprisa y corriendo? No. Antes de que las imprimieran, ella viajaría a Hamburgo y daría a conocer su embarazo. Aunque su intención era seguir ocultando, tanto a su familia como a Robert, que éste no era el único padre posible del niño.

Jean volvió a la mesa con cara de que le había tocado la lotería.

—Lo quieren para la próxima edición. Se les han caído dos dobles páginas sobre la película esa de Ali McGraw, *Love Story*. La cosa tomaba impulso.

Ida volvió a la Johnsallee poco antes de las once. En la casa reinaba el silencio, probablemente ya se hubiesen ido todos a la cama; sólo había luz en su dormitorio. Cuando entró, Tian se incorporó y dejó el libro en la mesilla de noche.

—¿Lo habéis pasado bien en casa de Lina?

Ida miró a su marido.

—Me ha sentado bien pasar la tarde allí —respondió.

—Me alegro de que haya terminado siendo una velada agra-

dable. —De haber llegado él tan tarde a casa, Ida le habría montado un numerito; a ese respecto él siempre había sido más generoso—. Ha llamado Florentine. Tiene ganas de vernos. Y a Robert también.

—Vaya, menos mal. ¿Y tu dolor de cabeza?

—Se me ha pasado. Me he tomado otro paracetamol. Pensé que podía dedicarle un poco de tiempo a mi esposa.

—Estoy agotada, Tian.

—Anda, ven a apoyar la cabeza en mi hombro.

Tian la siguió con la mirada cuando fue al cuarto de baño. Tanto Ida como él tenían sesenta y ocho años, y seguían siendo un matrimonio de buen ver. Entonces ¿por qué se sentía tan viejo?

Ida volvió al dormitorio con uno de sus camisones castos, y eso que tenía otros.

—Apaga la luz, por favor.

Sólo estaba encendida la lamparita de la mesilla de Tian, la pantalla de seda color arena arrojaba una luz tenue. Tian la apagó. La luna se coló por la ventana y los iluminó con suavidad, y él vio que Ida se quitaba el camisón y se quedaba desnuda en medio de la habitación.

—Quítate el pijama, anda —le pidió.

¿Acaso era un sueño? Tian se levantó y obedeció. Apenas se atrevía a respirar, no fuera a ser que la desnuda Ida desapareciese como un espejismo.

—Al final va a resultar que se me ha pegado algo de Käthe.

Tian no preguntó qué quería decir con eso. Besó a su mujer, y le vino a la memoria una cabañita en verano. Ellos amándose un frío día de diciembre, entrando en calor tan ricamente incluso sin estufa. El recuerdo lo ayudó a volver a sentirse joven y fuerte allí, en su dormitorio. Joven y fuerte como lo era entonces.

—No. No más alcohol, Louise.

—La última. Para dormir bien.

—Estoy hecha polvo —contestó Lina.

—Ven al sofá en vez de ir de un lado para otro. Ya está todo recogido.

Lina miró con severidad a su compañera cuando vio que se servía otro whisky. Antes al menos las copas tenían una parte de fruta.

—Te lo pido por favor, dale otra oportunidad al psicólogo —rogó.

—Más bien estaba pensando en cirugía estética.

—No me lo puedo creer, a estas alturas.

Louise se llevó el dedo índice a la sien y tiró de la piel hacia el nacimiento del cabello.

—¿Te dice algo *El mundo de Suzie Wong*? —apuntó Lina.

—Adiós a los párpados caídos —repuso Louise, estirándose ahora el mentón y el cuello—. Bob dice que tiene clientas que tras cuatro o seis cortes están como recién salidas del cascarón.

—¿Quién es Bob?

—Mi peluquero. Es nuevo en el salón.

Lina se sentó junto a la mujer a la que amaba y con la que vivía desde hacía décadas.

—Lo que necesita ayuda es tu cabeza, no tu cara —aseguró—. Haz el favor de darle otra oportunidad a la terapia.

—De mi cabeza ya no hace falta que te preocupes, la depresión se me pasará en cuanto deje de ver a un vejestorio cada vez que me miro al espejo. Ay, Lina, éramos tan jóvenes cuando nos conocimos...

Lina suspiró. La juventud siempre llega antes de tiempo, justo cuando no sabes apreciarla de verdad.

—He hablado del asunto con Ida. Ella también estaría dispuesta a hacerse algo en la cara.

—Os habéis vuelto locas, las dos.

—No seas tan antigua, en Estados Unidos lo hace todo el mundo.

Lina se levantó del sofá.

—No me lo creo —contestó—. Deberías probar a ver cómo te sienta un descanso reparador.

—Tendría que dormir cien años.

—Y el tal Bob, ¿conoce a algún cirujano?

—Me ha dado su tarjeta de visita.

—Háblalo con Marike. O con Theo.

—Los dos son ginecólogos, y lo que quiero no es un rejuvenecimiento vaginal. Aunque tampoco sería mala idea.

—Estás borracha —espetó Lina. Cerró la última ventana y empezó a apagar las lámparas—. A la cama.

—Sigues teniendo algo de maestra —afirmó Louise, pero se levantó y fue al cuarto de baño.

Henny dio un pequeño rodeo para acompañar a Käthe a casa. Desde allí estaba a dos pasos la Körnerstrasse, donde vivía con Theo desde hacía muchos años.

La oscura silueta de Rudi se distinguía tras una de las ventanas de la planta baja, donde aún había luz. Tal vez las viera delante de la casa, o tal vez no, ya que se alejó de la ventana y fue hacia el interior del piso. Quizá sólo estuviera siendo discreto.

—¿A veces piensas que Theo podría morir?

—Me ha prometido que llegará a los noventa.

—Ojalá lo cumpla. —Käthe exhaló un suspiro—. No sé si querría vivir sin Rudi. Después de la guerra, cuando tardó tanto tiempo en volver, creí que me había hecho a la idea de que había muerto.

—¿Hay algún motivo para que pienses en eso ahora?

—No —admitió Käthe—. No estamos enfermos. No, que nosotros sepamos. Pero es que de pronto el tiempo pasa muy deprisa.

—Esta tarde estabas como unas castañuelas.

Käthe la miró.

—Ya no me gusta la noche, Henny. En la oscuridad me asaltan los demonios, o más bien los recuerdos. La memoria puede ser un lugar espantoso. Veo morir a mi madre y me acuerdo de Kurt, que quizá habría sobrevivido a los nazis.

—No habría emigrado.

—Al fin y al cabo, Rudi y yo sobrevivimos a los campos de concentración.

—Erais mucho más jóvenes que Kurt.

—No había cumplido los cincuenta y seis cuando se suicidó.

—Quitándose la vida logró conservar su dignidad. Para él era importante que no lo mataran los nazis. —Henny empezó a sentir frío al revivir la tristeza que le produjo la muerte del médico y amigo suyo Kurt Landmann.

—Tienes frío —constató Käthe.

—¿Tú no?

—Sí. Gracias por acompañarme. —Käthe se echó hacia delante y besó a su amiga en la mejilla—. Antes era yo la que no tenía miedo.

—Y lo sigues siendo, cuando te pones a saltar echándote encima de los coches.

—No me he echado encima de ningún coche.

—Ocho saltos: estoy orgullosa de ti.

—Sigamos vivas mucho tiempo más —propuso Käthe.

—Naturalmente, como diría Kurt.

Käthe se quedó mirando a su amiga, que, pese a la ceñida falda que llevaba, se alejó a paso ligero.

No fue nada fácil hacerse con prendas ceñidas supersexys en los estudios. La escena parisina empezaba a emular la imagen folk de los hippies: vestidos con volantes, mucho desaliño y unas blusas bohemias que estaban en boga en ese momento y parecían enormes almohadones bordados.

En el taller de un modista de la rue Tiquetonne, por fin Jean encontró algo: el joven estaba experimentando con un material sintético que parecía piel de serpiente, con el que confeccionaba vestidos estrechos.

A Florentine le pareció que con el vestido largo por los tobillos de color blanco tiza y estampado negro parecía una pitón que acabara de engullir un conejo y haría mejor en tumbarse para hacer la digestión.

—Eres una soberbia pitón de cabello negro —la describió Jean—. En la redacción se van a quedar boquiabiertos.

Florentine, que se mantenía en equilibrio sobre los altos tacones de aguja de sus botas, empezaba a sentir distinto su cuerpo.

—Eres un sueño —comentó la vieja Audrey, que la estaba maquillando.

Si Robert o Alex veían esas fotos, no cabía la menor duda de que supondrían que estaban soñando. O más bien alucinando. Pero ¿por qué iban a leer *Paris Match*? Aunque Alex hablaba un francés más que aceptable, no creía que esa revista formara parte de sus lecturas. Además de los periódicos, él sólo leía *Der Spiegel* y *Jazz Podium*.

—Así —decidió Jean—. Apoya las manos en el vientre. Florentine Yan, encantada de ser madre. Perfecto. —Sacó una fotografía más con la Polaroid, que siguió a la cámara Hasselblad—. Audrey tiene razón: eres un sueño —aseguró, y le enseñó las polaroids.

—Parezco una borrega amodorrada.

—Bobadas. Yo te veo llena de vida. ¿De cuántos meses estás?
—Empezando el séptimo.
—Entonces ¿cuándo se espera que nazca el niño?
—En junio.
—¿Por qué estás nerviosa? No paras de pasarte la lengua por los labios. *Rouge à lèvres*, Audrey.
Florentine se dejó aplicar el pintalabios y exhaló un suspiro.
—Tengo dudas de que estas fotos sean una buena idea.
Jean sonrió.
—Demasiado tarde —repuso.
—Si no me gustara tanto oírte hablar con ese alemán tuyo desvaído, no habría accedido —declaró ella.
—Tu hija me dará las gracias algún día por haberte sacado estas increíbles fotos de cuando estabas embarazada de ella.
—¿Mi hija?
—Bella como su madre —añadió Jean—. Me figuro que te habrás buscado un padre atractivo.

Robert consultó el reloj cuando salió de la radio. Aún era demasiado pronto para ir a la Johnsallee. Guste lo había invitado a comer, y allí se reuniría con Ida y Tian, que ya lo consideraban su yerno, aunque él había perdido la esperanza de casarse con Florentine.

Y eso que ella ya no dudaba de su amor. Hacia él y hacia Alex, aunque amar al músico era en vano, y eso Florentine también lo sabía. Apartó el pensamiento que se le pasó por la cabeza y decidió ir al Funk-Eck a tomarse un café mientras se fumaba un cigarrillo.

Acababa de encenderse el segundo cuando Klaus entró en la cafetería. Robert tardó un instante en darse cuenta de que la joven que acompañaba a su amigo y compañero desde hacía

años en la NDR era su sobrina. La pequeña Katja se había hecho mayor. Se levantó cuando se acercaron a la mesa que ocupaba.

—Sentaos. ¿O queréis hablar de algo y preferís estar solos?

—No es más que una crisis de pareja —respondió Katja, y vio que Robert lanzaba una mirada inquisitiva a su tío—. Mía. Klaus es sólo el muro de las lamentaciones.

—De todas formas, yo ya me iba —dijo Robert—. Como en la Johnsallee.

—He oído que Florentine llega la semana que viene —comentó Klaus.

—Algo bueno, porque con las facturas de teléfono me estoy arruinando.

—No creo que eso sea lo único bueno de vuestro reencuentro.

—Ya sabes cuánto quiero a mi Sweet Florentine.

—Sí —repuso Klaus. Lo sabía.

—Y Alex viajará a Montreux con el Quinteto el domingo, ¿no? —preguntó Robert, que no quería pensar en su amor.

Klaus asintió.

—Ya lo echo de menos.

Robert levantó la mano para llamar la atención del camarero. Tras pagar, se despidió de ambos. «Odio a Karsten», oyó decir a Katja cuando salía. El amor.

Fue hasta el coche y cogió del asiento trasero la bolsa con las botellas de vino, un regalo para Guste. Un riesling bien frío. Ese día no hacía tanto calor como el anterior.

«Espero que conserves el ojo azul, mi querido husky —le había dicho por teléfono Florentine—. Ya sabes cuánto me gustas así. No lo cambies.»

Como si intuyera que él tenía la intención de hacer precisamente eso, sustituir el ojo de cristal azul por uno verde de una vez. Había vuelto tuerto de la guerra, en 1945, y veinticin-

co años después no le importaría volver a tener los dos ojos verdes.

Delante de la casa de la Johnsallee, Robert se pasó una mano por el pelo, aún negro y abundante. Azul o verde, se conservaba bien. Ojalá Florentine pensara que no había envejecido ni un día.

¿No había dicho Karsten en su día que Katja y él congeniaban? La idea de que se tratasen como iguales al parecer se había esfumado: desde hacía algún tiempo él se las daba de gallito. Para Karsten, en la escuela de artes aplicadas en la que estudiaba ella sólo enseñaban a pintar cajitas de madera artesanales, mientras que él veía todo lo que sucedía en el mundo a través del objetivo de su cámara. Acariciaba la idea de ir a Vietnam, como corresponsal de guerra. ¿Se podía acariciar semejante idea?

—Ponte encima —propuso Karsten—. No me importa.

Katja se levantó de la cama y se puso el pantalón vaquero y el jersey, sin molestarse en buscar las braguitas y el sujetador.

—¿Tienes idea de lo desagradable que sueñas? —le preguntó.

—Vamos, pequeña, vuelve a la cama y arrímate a mí, que hace frío.

—Ayer estuve hablando de nosotros con Klaus.

—Tu tío Klaus, el gay.

—¿Se puede saber qué tiene eso que ver?

—Nada. Sólo que no creo que él y su compañero sepan mucho de cómo son los tíos de verdad.

—Los tíos como tú, ¿no? —Katja enarcó las cejas y miró al muchacho por el que seguía estando loca.

—¿Te dio algún consejo?

—Que te deje.

Karsten soltó un silbido.

—¿Y...? ¿Lo vas a hacer?

—Me gustaría que todo volviera a ser como en noviembre, cuando sacábamos fotos en Schanze. —Miró la fotografía tamaño póster en blanco y negro que colgaba sobre la cama, clavada al gotelé con chinchetas. Era de Katja, apoyada en el arco de una puerta en cuyas paredes se leían pintadas con prohibiciones.

Karsten asintió.

—Te quiero, Fierrecilla. Anda, ven.

—Me voy a casa, quiero preparar una cosa para clase.

Él sacó sus braguitas de debajo de la almohada y se las lanzó.

—No hace falta que sigas viviendo en el mismo cuarto de cuando eras pequeña. Aquí puedes vivir como una adulta.

—Hasta mi hermano pequeño me incordia menos que tú cuando estoy trabajando. ¿Tienes también el sujetador debajo de la almohada?

—Está en la cocina. Te lo quité ahí.

Katja se asomó de nuevo a la habitación cuando salió de la cocina.

—Ven —pidió Karsten—, mañana vuelo a Belfast. Puede que el IRA me pegue un tiro, y entonces te arrepentirás de no haber vuelto a acostarte conmigo.

—Ten cuidado, Karsten.

—Te quiero —repitió él con la voz rasposa.

Katja ya había cerrado la puerta y bajaba los seis pisos de la casa.

—¿Dónde lo has encontrado? —Ida cogió el osito de peluche que sostenía Tian y le acarició el hocico de polipiel.

—En el armario de la entrada, detrás de la ropa que no nos ponemos. Creía que se lo había llevado Florentine.

—Nuestra hija no es nada sentimental.

Tian asintió.

—Pero su padre sí —admitió.

—Y ¿qué hacías tú rebuscando detrás de la ropa que no nos ponemos?

—Haciendo limpieza, que en realidad es algo que te gusta más a ti.

—A mí lo que me gusta es cambiar los muebles. —Ida suspiró y dejó el osito en el brazo de la butaca—. Aquí queda perfecto. Son igual de viejos los dos.

—Primero una cosa y luego otra —repuso Tian—. La calefacción tiene prioridad. Y, por de pronto, lo suyo es que nos alegremos de ver a Florentine.

—Siempre has sido un buen padre.

Tian miró a Ida y sonrió. Después le cogió una mano y le estampó un beso. Había muchos momentos de su matrimonio fallidos, pero querían a Florentine, en eso coincidían.

—Lo de hace dos noches fue estupendo —aseguró Tian.

—Sí —admitió Ida, de nuevo seca, como si quisiera expulsar de su memoria esa noche de amor de un matrimonio viejo.

—Robert insiste en ir a buscar a Florentine al aeropuerto, lo oíste, ¿no? —preguntó él tratando de cambiar de tema.

—Yo también estaba sentada a la mesa, Tian. ¿Qué impresión te causó Robert?

—Me pareció encantador, como siempre. ¿Por qué lo preguntas?

—Lo encontré más serio que de costumbre.

—No ve a Florentine desde que empezó el año, me temo que hace que se sienta inseguro. Tiene miedo de que ella pueda sacarse de la chistera a un amante parisino. Debería decirle de una

vez lo que quiere. A su edad, tú ya llevabas nueve años casada, aunque, por desgracia, no fuera conmigo.

—Hoy en día las cosas son distintas. Por cierto, Florentine tiene intención de pasar en Hamburgo la primavera y el verano.

Tian se quedó boquiabierto de puro asombro.

—¿Eso te dijo? ¿Quiere tomarse un respiro?

Ida se encogió de hombros.

—Y ¿cómo es que me entero ahora?

—Quizá no me lo tomara en serio. Me da que Robert no sabe nada; de lo contrario lo habría mencionado ayer.

—Tendrá alguna propuesta atractiva de Nueva York o París y volará desde aquí. ¿Sigue viniendo este viernes?

—Que yo sepa, sí —contestó Ida—. Voy abajo un rato con Guste. Anni, Momme y las niñas se han ido fuera a pasar el día y lleva mal el silencio que hay en casa. Cuando Florentine era pequeña, nosotros nunca tuvimos vacaciones para ir a esquiar, ni siquiera al Harz, a apenas tres horas en coche.

—Cuando se introdujeron en Hamburgo esas vacaciones, Florentine ya tenía veintitrés años.

—Nos hemos perdido muchas cosas, Tian.

Él no mencionó que Ida había tardado demasiado en decidirse a separarse de Campmann porque no quería renunciar al lujoso estilo de vida que le ofrecía el banquero. Sin embargo, el marido de Ida se comportó correctamente cuando Ida estaba embarazada de Tian: no negó su paternidad hasta que los nazis cayeron, impidiendo así que la Gestapo detuviera a Tian, hijo de padres chinos, por considerarlo una «deshonra de la raza».

—Me gustaría invitaros a ti y a Guste a comer. Quizá a Ehmke. ¿Te parece bien el domingo?

—He oído que Ehmke ya no es lo que era —apuntó Ida.

—Pues entonces iremos a Gustav Adolf a comer volovanes.

—En realidad, da lo mismo, vayamos a Ehmke; quién sabe si

seguirá mucho tiempo en pie, y a Guste le encanta su rosbif.
¿Nos lo podemos permitir?

—Bastante más que ir a esquiar —afirmó Tian.

—Ya no estoy con Andrés. —Ruth miró a su padre a los ojos y vio en ellos incredulidad y también esperanza.

Rudi dejó el tenedor en el plato, junto a la musaka, y le cogió la mano a la joven mujer que había llegado a su vida cuando era una niña de seis años y Käthe y él la adoptaron porque, tras la muerte de su abuelo, se había quedado sola.

—No aguanto más tener que compartirlo con otras mujeres.
—Ruth se zafó de Rudi y siguió comiéndose el pastel de berenjena.

—Has aguantado bastante.

—Porque era su primera mujer.

—Ruth, por el amor de Dios. ¿Acaso es el jefe de una tribu africana? —Rudi estaba rígido, sentado en la silla de madera del restaurante griego. Todo su cuerpo se tensaba sólo de pensar en Andrés Bing, ese arrogante que se creía de izquierdas, un revolucionario.

—Lo sé —reconoció ella—. Va en contra de todo lo que pienso y lo que quiero conseguir.

—Te lo suplico, mantente firme en tu decisión.

—Tranquilo, papá. Andrés y yo hemos terminado.

«Ojalá sea verdad —pensó Rudi—. Dios mío, haz que sea verdad.» Miró por la ventana hacia la calle, cuyo nombre, Schulterblatt, formaba parte de muchas leyendas. Cuando era joven, Rudi había caído en las redes del comunismo, y había seguido siendo comunista para los nazis pese a que no creía en ello desde hacía tiempo. Le resultaba insoportable ver que Ruth caía en otra locura disfrazada de ideales que, sin embargo, no hacía más que incendiar los ánimos.

—¿Te va bien en la redacción?

Ruth apartó el plato.

—Es posible que lo deje —contó—. En Berlín está a punto de aparecer un periódico en el que podría trabajar. En *Konkret* está todo estancado.

—En Berlín —repitió Rudi. La expresión de preocupación volvió a su rostro.

—András ya no está en Berlín, papá.

Hizo un intento por tranquilizarlo al utilizar, por segunda vez, la palabra *papá*, que a él le parecía un apelativo cariñoso; Ruth vacilaba a veces al emplearlo.

—Y ¿qué clase de periódico es?

—El proyecto aún no está del todo definido.

—Pero sí lo bastante como para que dejes tu puesto de redactora, en el que sólo llevas un año.

—Tú también seguiste tu camino en 1933 para responsabilizarte de lo que considerabas importante.

—Entonces lo principal era luchar contra los nazis. ¿Contra quién luchas tú, Ruth?

Ella habría respondido que contra el imperialismo americano, la guerra de Vietnam, pero lo único que obtuvo Rudi fue una mirada fría. Ahora también él apartó el plato.

—¿Es que no les ha gustado la musaka? —preguntó el camarero del Olympisches Feuer cuando fue a retirárselos.

—Hemos perdido el apetito —respondió Rudi—. Por desgracia.

—Quizá los ayude un *ouzo*.

Rudi asintió con una sonrisa. No le apetecía beber ese licor anisado, pero se sentía culpable por no haber tocado prácticamente la comida.

—Para mí no —dijo Ruth. En la ancha frente de la joven se dibujaron unas líneas severas. Sacudió la cabeza y los cortos ri-

zos, que casi le llegaban hasta los ojos grises, ocultaron la severidad.

—Confía en mí, por favor, sabes que puedes hacerlo —pidió Rudi.

—Eres la primera persona a la que se lo digo.

—¿Dónde está Andrés?

—Eso se terminó, créeme. Se ha ido a Jordania con Janne.

Rudi no era de los que tendían a alimentar los miedos, ni en su persona ni en los demás, pero para él el nombre de Andrés iba unido a una desgracia inminente desde hacía años.

—¿A Jordania?

¿Era ese foco de agitación un destino vacacional?

—Vamos a pagar, anda —sugirió Ruth.

Rudi hizo una señal al camarero.

—¿Quién es Janne? —quiso saber.

—Así es como se hace llamar.

—Y ¿quién es? Aparte de la nueva primera mujer de Bing.

—No he venido aquí a jugar a las preguntas y respuestas.

Rudi se bebió el *ouzo* y sacó la cartera.

A Guste le habría encantado sacrificar un buey para celebrar el regreso a casa de la hija que había desaparecido, pero se conformó con preparar un asado adobado en vinagre con cebolla, pimienta en grano, enebrinas y galletas trituradas para la salsa. A Florentine le gustaba el asado de Guste, y también las albóndigas de patata con las que lo acompañaba. Ya iba siendo hora de que comiera en condiciones, en las fotos más recientes parecía famélica.

Sólo quedaba meter la pesada fuente de loza con la carne en la nevera, donde la dejaría reposar seis días. Guste se sentó a la mesa de la cocina y contempló el jardín. El columpio donde se

balanceaba Florentine estaba vacío. No, la madera y las cuerdas las habían cambiado, sólo el armazón de hierro era el mismo. El año anterior Momme lo había desoxidado y pintado; a fin de cuentas, ahora lo utilizaban sus tres hijas.

Esperaba que nadie se rompiera nada esquiando. Probablemente Momme y Anni montarían a la más pequeña en un trineo y no le pondrían esos traicioneros esquís. La niña ni siquiera tenía cinco años. Negó con la cabeza. A ella la nieve sólo le gustaba en Navidad, por que creaba la debida disposición de ánimo.

En la comida del jueves, Robert le había parecido bastante callado, claro que la pequeña Florentine no se lo ponía fácil. En diciembre el joven ya había cumplido cuarenta y siete años, el tiempo apremiaba. Alex seguía sin aparentar la edad que tenía, a Guste se le había vuelto a pasar por la cabeza el día anterior, cuando fue a verla desde la radio. Sin embargo, todavía tenía miedo a volar, y al día siguiente debía viajar a Montreux con sus músicos. Sonrió cuando ella le dio el frasquito de gotas de valeriana y dijo que más bien le haría falta una anestesia general.

Guste se levantó para moler café y poner al fuego un hervidor con agua; quizá el aroma hiciera bajar a Ida, un poco de palique le iría bien. Pese a la factoría de café que aún dirigía, Tian siempre había sido bebedor de té. Qué idea tan agradable, la de invitarlas a Ida y a ella al día siguiente a comer a Ehmke.

Le seguía teniendo apego al viejo molinillo de café de manivela; hacía tiempo que Momme quería comprar uno eléctrico, pero uno se quedaba sordo con el ruido que metían. Guste dejó el molinillo en la mesa y se volvió hacia la cocina. Si quería calentar agua, tendría que encender el fuego. Por algún motivo, estaba nerviosa. Desde hacía días no era capaz de quitarse de la cabeza que algo se andaba cocinando.

Klaus colgó el teléfono. Alex había aterrizado en Ginebra sano y salvo y ya parecía capaz de concentrarse en el concierto que darían en Montreux. Su querido compañero debería retomar la terapia en la Neuer Wall, lo de su miedo a volar cada vez iba a peor.

Volvió al escritorio y leyó la lista de músicos que habían invitado al taller de la Norddeutscher Rundfunk, entre ellos Chet Baker, por primera vez desde que vio su gran carrera truncada: en una pelea en la que se enzarzó en California perdió varios dientes, y al final tuvieron que sacárselos todos. Una prótesis dental era la pesadilla de un trompetista.

La preparación del taller no era cosa de Klaus, pero éste pretendía poner en su programa canciones de los participantes.

«Cuando cae la noche» tenía un puesto fijo en la emisora desde hacía diecisiete años: el viernes a las diez, y Klaus, su creador, a esas alturas era toda una institución, conocido más allá de la zona donde emitía la NDR.

En verano lo habían invitado al festival de jazz de Newport y todavía no había confirmado su asistencia; Alex y él tenían pensado irse de vacaciones justo entonces, y dudaba mucho que Alex lo fuera a acompañar a la costa Este americana, a no ser que pudiera viajar en un carguero. Le resultaba impensable que accediese a realizar un vuelo de largo recorrido.

De menudo sensiblero se había enamorado para toda su vida en enero de 1951.

Se levantó cuando el teléfono sonó de nuevo. Tenían un segundo aparato en el dormitorio, pero le fastidiaba no tener el del salón al alcance de la mano, en la mesa. De todas formas, quizá deberían replantearse lo de mudarse a un piso más amplio; podían permitirselo, pero desechaban la idea una y otra vez. Para Alex y para él, esas dos grandes habitaciones con la terraza y las vistas al Alster casi eran un talismán.

—Hola, hermanito —lo saludó Marike—. Quería hablar contigo del cumpleaños de mamá.

—Comida en el Mühlenkamper Fährhaus el 26 de marzo; sus amigas y sus respectivas familias irán tres días después al desayuno de Pascua, y en junio se celebrará una gran fiesta de verano para Henny y Käthe en la Körnerstrasse —respondió Klaus.

—Estupendo —afirmó Marike—, pero yo tenía en mente alguna actuación por nuestra parte.

Klaus suspiró.

—Te lo pido por favor: guiñol, no.

—¿Guiñol?

—Escenas de la vida de mamá representadas por nosotros.

—Quizá la de la cocina de Else, cuando tú dejaste clara cuál era tu orientación sexual.

—O las continuas quejas de Ernst a mamá porque te besuqueabas con Thies en el balcón.

—Vamos a acabar discutiendo —razonó Marike—. Volvamos a empezar desde el principio.

—Seguro que Theo querrá dar un pequeño discurso en el desayuno.

—Algo nuestro, de sus hijos. Tú y yo. Katja. Konstantin ya ha pintado un retrato de la familia. Todos tenemos nariz de perro.

—Genial —aprobó Klaus—. A mí la mía siempre me pareció demasiado larga.

—A ver si se te ocurre algo. En el programa siempre te estás sacando cosas de la manga.

—En eso también hay trabajo, hermanita.

Klaus suspiró cuando la conversación terminó. ¿Acaso no le gustaba a su abuela cantar canciones en las celebraciones familiares cuando era joven? Se lo había contado Else. «Mariechen

lloraba en el jardín, en la hierba dormía su hijo.» Canciones populares. Marike y él podían adaptar la vida de Henny al poema de Mariechen, y Alex los acompañaría al piano. Sería una bonita representación.

Fue a la cocina y se sirvió una copa del vino blanco que ya había abierto y había dejado en la nevera. Se paseó por la habitación grande y luminosa en la que trabajaban, vivían y comían, y cogió la fotografía con el marco de plata de la familia de Alex: sus padres, su hermana, su cuñado y dos sobrinas en un estudio fotográfico del barrio de Grindel. Para el hijo que estaba lejos, en Argentina.

Klaus guardaba las fotos de la familia en una caja, no tenía ninguna en un marco de plata. Su familia estaba viva y a su lado, no como la de Alex, que había perecido en el sótano de su casa, en el incendio que se declaró durante una de las noches de los bombardeos de julio de 1943.

Henny tampoco había tenido una vida fácil durante los primeros cincuenta años del siglo: su padre había caído en el otoño de 1914 y después Lud, el padre de Marike, murió prematuramente. El difícil matrimonio con Ernst, su padre. Lo mucho que había temido por Käthe y Rudi, que se enfrentaron a los nazis y sufrieron torturas en sendos campos de concentración. La guerra. La pérdida de su casa. Su madre había vivido muchos duelos.

Los veinte años que llevaba junto a Theo le habían dado la felicidad. Klaus esperaba que todo siguiera así mucho tiempo más.

Abrió la puerta de la terraza y salió. En los árboles despuntaba un verde cauteloso. Esa tarde la oscuridad había caído ya sobre el Alster.

—Danos a todos una vida larga —dijo en voz alta, pidiéndoselo a un dios en el que, sin embargo, no creía.

Florentine ya había visto en el quiosco el último número de *Paris Match*, con Salvador Dalí en la portada. La esperanza de que quizá no hubiesen incluido sus fotos era absurda, ya que, de lo contrario, habría sonado el teléfono en su piso de la place des Vosges.

El lunes por la tarde, en cambio, alguien llamó al timbre de su puerta larga e incesantemente y no paró hasta que ella salió de la bañera y se puso el albornoz. Tal vez fuese el *concierge*, para informarla de un nuevo corte de agua.

—¿Quién es? —preguntó Florentine.

—El mensajero con los ejemplares —contestó Jean.

Ella abrió la puerta.

—Me has hecho salir de la bañera.

—Las fotos te resarcirán de ello —aseguró el orgulloso fotógrafo.

Fue a la antigua mesa de estilo rústico de la cocina y abrió la revista. En la doble página se leía, con letras grandes: *MAMAN FLORENTINE*.

—Madre mía. —Florentine las hojeó. No había texto, pero sí una leyenda en la segunda doble página: que estaba de siete meses y el padre del niño era un secreto, aunque se sabía que era de Hamburgo. Soltó una risita nerviosa.

—Las fotografías son fantásticas —alabó Jean—. Con independencia de lo que tú opines. *Stern* las quiere reproducir.

Florentine acercó una de las dos sillas y se sentó. Un pequeño ataque de flojera.

—¿Cuándo?

—No en el siguiente número. ¿Te fastidia el retraso?

—Al contrario. No quiero que mi familia se entere por una revista de que voy a tener un hijo.

—Ya —repuso Jean—. ¿Lo sabe el futuro padre?

Ella negó con la cabeza.